LA OTRA

I

Le presento a miss Marion Philips, me dijo el profesor Han una mañana mientras ella me sonreía y ambos nos estrechábamos la mano por primera vez. El aire de señorita empezaba en su pelo corto y amarrado, seguía en su chaleco azul y terminaba en unos zapatos de taco, negros y resplandecientes, contra la alfombra de la oficina.

Había algo de temor y algo de dulzura y mucho de belleza en esa cara. Una suerte común nos había unido: la de ser los profesores asistentes que los demás miembros de la Facultad iban a examinar y juzgar durante los siguientes cinco años. Ella era de Virginia y especialista en poesía española del Siglo de Oro. Yo, aprovechando mi origen, me hacía pasar por un experto en literatura latinoamericana, y un conocedor mediano de su historia y su cultura. Así pensaba ganarme la vida; y además el trabajo tenía su importancia.

Ya había cumplido veintinueve años. Me consideraba un joven educado, inteligente, no muy feliz, y trataba de demostrarlo en cuanto se presentaba la ocasión. Chicago, donde había empezado a vivir, era una ciudad deslumbrante, en la cual, todos mis deseos y tentaciones iban a encontrar un desahogo más que suficiente. Pero en esas primeras semanas, arrinconado por mi condición de extranjero, me pareció lógico buscar la compañía

de la otra persona que había llegado a la misma ciudad, en las mismas condiciones. Y allí estaba la señorita Marion Philips, con quien había intercambiado algunas frases previsibles, mientras me miraba de frente con su sonrisa suave y dulce, en los corredores de la universidad.

—Me habían hablado de usted —le dije, después de estrecharle la mano—. Tal vez podamos vernos con frecuencia.

Me había decidido a cultivar su amistad, a pesar de esa formalidad, algo cómica, con la que me seguía saludando.

"Creo que voy a comer algo", dije al día siguiente, metiendo la cabeza en su oficina. "¿Quieres venir conmigo?"

Asintió con una sonrisa y salimos juntos, por el patio de arbustos. Ella caminaba a mi lado, con el pelo cubriéndole parte de la cara, avanzando con pasos lentos y firmes, mirándome con sus grandes ojos azules, mientras yo le informaba de mis primeras impresiones de Chicago. Esa fue, ahora que lo pienso, nuestra primera cita.

O tal vez en aquel tiempo sería más exacto decir que fue sólo un encuentro de amigos. Recuerdo que en Marion había algo que me impedía verla como una futura novia. Cuando la conocí bien y cuando llegué a intimar con ella, su belleza, su simpatía, su inteligencia, me parecieron virtudes domésticas, cualidades propias del tipo de gente que yo ya conocía. No había nada que pudiera abrir de pronto el vacío y la necesidad en las que una pasión puede encontrar su fuerza. Era muy sana, muy buena, muy en sus cabales, y esas eran para mí cualidades de madre, de amiga o de compañera de trabajo.

Desde los primeros meses, mis encuentros con otras mujeres, en los bares de la ciudad, me compensaban por esa medianía virtuosa, asexuada, que durante los días de la semana compartía a veces con ella. Así, pues, salíamos a comer, paseábamos, íbamos al cine, pero yo siempre prefería volver a los bares donde encontraba a las mismas mujeres que me recibían con la boca roja y húmeda, dispuestas a celebrar mi soltería con unos hombros desnudos que terminaban en el abismo de un escote. Con frecuencia yo le contaba a Marion de mis encuentros con esas mujeres y ella se mostraba curiosa y divertida. "Estás total-

mente loco", me repetía con frecuencia. "Si el chairman lo supiera...".

—Te aseguro que hace lo mismo —me reía yo—. Es un soltero, y le place serlo.

—No puedes seguir así, siempre solo —me dijo una noche—. Tienes que buscarte a alguien, alguien a quien puedas darle ese cariño que tienes escondido detrás de tu aspecto serio y tus gestos de cínico.

Así pasó un año y luego, otro. Yo sostuve un romance de menor importancia con una de mis alumnas. Esta relación felizmente fue tomada con buen humor o con indiferencia por los demás profesores de la Facultad. Otros problemas mucho más serios parecían anunciarse. Tanto Marion como yo éramos candidatos a los puestos vitalicios que la universidad otorgaba, pero ya había corrido el rumor de que por razones presupuestarias, estos puestos irían a escasear en los próximos años y que el Decano otorgaría sólo uno de ellos. Así, pues, circunstancias distintas pero igualmente azarosas a las que nos habían reunido, podían hacernos competir ahora por la gloria precaria pero nada desdeñable de obtener un trabajo permanente en la universidad. Casi nunca hablábamos del asunto y nuestros almuerzos de hermanos cómplices, nuestras bromas en el corredor, nuestras conversaciones de café sobre poetas y novelistas admirados, nunca se cruzaron con la extraña sensación de estar compitiendo por un puesto que algunos hombres mayores y solemnes iban a decidir en los siguientes meses. Más que mi rival, Marion era la persona a quien confiaba los secretos de mi rutina, cosas de las que no hablaba con nadie más por esos días.

Y todo hubiera seguido así, despreocupadamente, de no haber tocado mi puerta una noche el chairman, con una botella de vino y una malévola noticia entre manos. Aún recuerdo la barba rala, las mejillas infladas y la voz brusca de ese hombre que se había sentado delante de mí, apretando un cigarrillo.

—Voy a ser franco con usted —dijo.

El hombre estaba obviamente orgulloso de una franqueza que emanaba de su autoridad.

—Usted va a ser elegido por el Departamento como candi-

dato para el puesto —siguió—. No todos piensan que es mejor que la Srta. Philips, pero la mayor parte de la gente, incluyéndome, cree que sí.

El Chairman, que movía sus bigotes espesos como los de una morsa sonriente, se acercó a uno de los vasos que yo había dejado cerca de él, y lo llenó.

—El problema ahora es que ella no lo sepa —continuó, después de dar un sorbo—. Si ella se entera, puede mover la influencia de la única amiga que tiene en el Comité, la de Jennifer Zegler, y podría pasar un voto en contra de su candidatura. Además, como supongo que ya sabe, usted no le es muy simpático a esa señora.

—¿Y qué quiere que haga para evitar que ella se entere? —balbuceé, elevando también mi vaso.

—No se lo diga, simplemente —me ordenó.

—¿Y para qué ha venido a contármelo?

—Sólo quería darle una buena noticia —concluyó.

Tal vez el rango, las frases directas o el aspecto robusto de aquel hombre, me obligaban al silencio. Era evidente que su decisión de favorecerme venía de alguna oscura razón que no tenía que ver solamente con su interés por mi trabajo.

—Bueno, y ahora me retiro. Felicitaciones. Es un placer tenerlo en el plantel de la Facultad —se despidió.

Cuando recuerdo la visita de aquella noche, lo que más me asombra es que en ese momento no me diera cuenta de cómo iba a afectar mi vida. Yo sabía que su decisión y su visita respondían más bien al deseo de involucrarme de algún modo en su propio proyecto: ganar un aliado en su enemistad con la Sra. Zegler, quitarle un voto en los próximos comités, y prolongar su mandato por otros cuatro años. Yo no me oponía a sus designios pero tampoco estaba interesado en favorecerlos. Durante su visita me inspiró una especie de respeto que sin embargo desapareció a los pocos minutos de haberse ido. Su partida se produjo sin demasiadas fórmulas de cortesía, tras un apretón de manos y

un acuerdo para verlo en su oficina dos días después. Me asombraba la determinación con que había tomado mi inclusión en el cuerpo de profesores, y aunque suponía los verdaderos motivos, la cosa no dejaba de halagarme. Pero esa charla de quince minutos, esa botella de un vino tinto importado que había comprado camino a mi casa, esos bigotes enfurruñados y firmes que buscaban a un profesor joven como una pieza para su permanencia en el poder, suponían eliminar, aunque no lo quisiera, a la persona con la que yo había compartido más horas de compañía desde mi llegada a la ciudad. Y esa noche, repasando las palabras de mi visitante, no pensé que la traición, que yo y otras personas cumpliríamos con minuciosidad en las semanas siguientes, se iba a proyectar como una sombra maligna por todo el resto de mi vida. "Fue entonces, durante aquellos días, cuando las cosas tomaron su rumbo", me dijo Marion en una larga carta que me envió desde el sur algunos años más tarde.

A pesar de mis reparos, yo había sido tocado por una emoción que ciega a los hombres jóvenes e inseguros: la emoción de la vanidad. De pronto era posible que la mayor parte de los profesores de la universidad me estimaran o por decirlo así, me hubieran elegido. Estaba seguro que los profesores y los miembros del comité habían leído mi libro sobre Palma y mis rigurosos artículos sobre Onetti y Martín Adán, por los que me habían escogido como colega. Era natural que me diera pena que esa elección se hubiera producido sobre la cabeza de Marion, pero mirándolo bien, pensé que su rivalidad conmigo no era sino producto del azar, al que yo no debía otorgar un sino trágico. Ella comprendería las circunstancias, me felicitaría con la madurez y la generosidad de siempre, y seguiríamos siendo amigos. Después de todo, pensaba yo...

Un tiempo más tarde, cuando el Departamento confirmó el nombramiento, Marion se acercó a mi oficina.

—Me alegro tanto por ti —sonrió—. Me puse tan contenta cuando supe la noticia.

—Muchas gracias —le contesté y me acerqué a besarla.

—Pienso postular a otra universidad —dijo ella, sentándose—. Creo que sería lo mejor.

—Puedes apelar aquí —le sugerí.

—Sí. Pero va a ser muy difícil. Creo que no va a resultar.

—Será una lástima —le dije, mirándola de frente—. Será una lástima que te vayas.

Debo admitir, y aquí empieza lo peor de mis recuerdos, que mi tono de voz en ese momento, no confirmaba mi aparente pesar por su partida. Su compañía seguía resultando el componente natural de una rutina, como tomar desayuno o lavarme los dientes o preparar material para mis clases. Sentía en ese momento el anuncio de su partida como una mala noticia inevitable, cuyo vacío podría llenar fácilmente. Sería, pues, en efecto, una lástima, igual a todas las lástimas que en mi juventud solitaria y arrogante estaba acostumbrado a ignorar.

Muy pronto Marion no fue más que una voz en el teléfono o una firma que terminaba discretamente una carta, llena de noticias sobre su nuevo lugar de residencia. A principios del otoño, estando ya en mi primer semestre de profesor regular, empecé a recibir sus cartas en mi nuevo apartamento cerca del campus. Uno de los motivos para mudarme fue un pequeño patio de hojas y de flores que me encargué de cuidar desde el comienzo. Un lugar en el que un pacto de silencio parecía tramarse por encima del rumor de tráfico que llegaba desde el fondo. Allí, durante las frescas semanas de setiembre, leí sus cartas, en las que me contaba de su nuevo trabajo en una ciudad encantadora de calles sombreadas por árboles y un sol tibio. "Cuando quieras", me decía, "podrías visitarme en Austin, para escapar del hielo y el ruido de Chicago". Yo le contestaba a esta invitación con noticias sobre los profesores y con vagas promesas de ir a verla, en cuanto tuviera un tiempo libre.

Una mañana, varios meses después, tuve que asistir a una reunión administrativa en uno de esos increíbles comités universitarios que formaban parte de mi nuevo status.

Durante la reunión, la Dra. Zegler, que desde mi nombramiento por encima de Marion, me había tratado con una distancia realzada por sus impávidos ojos de lechuza, propuso nuevas obligaciones para los alumnos, que reducían los cursos de literatura hispanoamericana, que "después de todo", según ella, componía apenas un "apéndice" de la literatura española.

Yo no podía menos que sentirme aludido, y haciendo uso de todo mi resentimiento ante la forma como ella me había tratado durante los meses anteriores, le dije que un compatriota mío, don José de la Riva Agüero, había esbozado una tesis similar alguna vez, a los veinte años y a principios de siglo. "Tal vez a usted le hubiera gustado conocer a don José", le dije. Algunos profesores sonrieron ante mi frase, y luego supe que alguien la había interpretado como una alusión a la edad de la Dra. Zegler. Poco después, sin embargo, yo sustenté mi opinión con toda la elocuencia de la que era capaz, y con razones que ahora mismo no recuerdo bien. Como era de esperarse, se acordó nombrar a alguien para que revisara los syllabi, pero la medida me pareció más bien una manera de zanjar la discusión sin alterar fundamentalmente el estado del programa. El consenso parecía estar básicamente a mi favor.

En el corredor, crucé algunas palabras con James Wolcott, un profesor pecoso y gordo, de voz cascada. Mientras lo oía, noté que la Dra. Zegler se había parado muy cerca. Resignado a enfrentarme con ella, tuve que despedirme de Wolcott y volteé con una temerosa sonrisa. Su gesto resultaba una deformación macabra del rosto atento y compuesto que yo le conocía. Nunca olvidaré cómo mantuvo ese gesto mientras me hablaba, con los ojos negros y la voz pausada, sujetándome a ella.

—Le voy a hacer un favor —me dijo—. Voy a decirle algo que seguramente nunca le han dicho y que necesita oír. Usted está cometiendo el peor de los pecados que puede cometer una persona joven e inteligente. Usted cree que la gente lo querrá y lo considerará siempre por su inteligencia. Pero eso no es verdad —siguió diciendo—. En este mundo nadie es tan importante. Usted está en la edad en la que se piensa que la gente vale mucho por sus valores intelectuales o por sus capacidades, y no por su

bondad o su generosidad. Pero algún día verá que lo que cuenta es que la gente sea buena. Perdóneme que le hable como una madre —bajó la voz la señora—, pero una madre y un consejo es lo que usted necesita.

Las palabras de la Dra. Zegler, fuera de algún matiz de voz elevado, me habían dejado perfectamente tranquilo. Era obvio que estaba disgustada y aunque sus palabras no dejaron de inquietarme, la vehemencia con la que me miraba, me producía sobre todo risa y ganas de escapar.

—Además —agregó de pronto con un tono grave—. Además usted arruinó la vida de su amiga Marion aquí.

La parquedad de su frase me produjo una repentina sensación de vacío.

—¿Arruiné su vida? —pregunté—. ¿Qué quiere decir?

—Ella supo que el chairman había ido a su casa para pedirle algo relacionado con su promoción y la postergación de ella —dijo en voz baja, bajando la cabeza—. Nunca supo qué había sido, pero se sintió humillada.

—Nunca me dijo nada —contesté.

—Por supuesto que no —continuó la señora—. Ella sabía que iba a perder ese puesto porque pensaba que usted estaba más calificado. Pero no se imaginó que usted iba a ocultarle algo. No pensó que en ese increíble enredo que se armaba para promocionarlo, usted estaba complicado, sin decírselo. Y usted no se imagina las veces que lloró delante de mí, las veces que tuve que ir a verla a su casa. Hace tiempo que quería decirle esto, pues sé que ella nunca va a hacerlo.

La Dra. Zegler dejó salir un largo suspiro, como si se hubiera librado de una carga, y se alejó con las puntas de sus tacos resbalando en el silencio oscuro y solemne del corredor.

—No se dio cuenta, ¿verdad? —me dijo antes de irse—; no se dio cuenta del daño que le hizo.

Su voz, al pronunciar estas últimas palabras, y su mirada filuda, me acompañaban mientras manejaba de regreso a mi ca-

sa. Al entrar al apartamento, y encontrarme de golpe con la habitación que ocupaba desde mi ingreso definitivo a la universidad, supe que empezaba a hundirme en una especie de vacío. La profesora no me había conmovido con sus palabras, pero había abierto algo en mí, había movido la silueta delgada y terrible de Marion y me había mostrado que detrás de su ausencia tal vez latía ahora un odio devastador que yo nunca había imaginado.

Cuando la llamé esa noche, para preguntarle si las acusaciones eran ciertas, permaneció en silencio para luego decir que eran exageraciones de la doctora Zegler. De pronto parecía que le estaba hablando a una persona diferente. Era como si algo se hubiera destemplado en su voz y aparecieran, de algún modo en ella, las pruebas de mi culpa.

II

Durante mucho tiempo, Marion me siguió escribiendo y hablando por teléfono, pero fue ella quien se negó, con excusas astutas o con silencios, a volver a verme. Luego supe que se había casado y que tenía una hija en San Francisco, adonde se había trasladado tras una oferta de trabajo.

Por un amigo común, el profesor Wolcott, que fue a dar una charla en Berkeley, supe algunas cosas más. La había visto dos veces, una en el campus y otra, cenando en su casa. Habían hablado mucho. Un esposo algo vulgar, una universidad mediocre y algunos problemas económicos, me contó Wolcott en su oficina. No es nada excepcional, concluyó. Los mismos problemas que tiene mucha gente, en todas partes.

He cumplido cincuenta años, y la historia que narro tiene alguna antigüedad. Mi vida se ha compuesto de una serie de semestres apacibles y trabajosos durante los cuales un aura de prestigio no ha dejado de rodearme con mayor o menor persistencia. Cinco o seis años después de la partida de Marion, me casé con una chica de Florida con quien viví en Chicago e hice algunos viajes por el país y por el extranjero. Durante el verano de

1975, pasamos una semana juntos en Lima. Nuestro matrimonio, que duró ocho años, no estuvo marcado por grandes acontecimientos, sino por una melancolía secreta que poco a poco, en la rutina de todos los días, fue agotando mis deseos. Cuando finalmente nos separamos, recuerdo haber sentido una especie de tranquilidad por mí mismo y al mismo tiempo, un terrible pesar por la relación que terminaba.

Hasta que ocurrió lo único que yo no había previsto. Recuerdo que esa mañana estaba a punto de partir hacia un congreso en Washington, viaje que suspendí de inmediato, al recibir una carta de Marion que cerraba diabólicamente la serie de nuestros encuentros, y terminaba por descubrir que mis sospechas habían sido en parte justificadas. El hecho de que supiera de su próxima muerte al escribirla parecía evidente. Había algo de perverso y al mismo tiempo de generoso en el hecho de que ella me confesara, por fin, que mi sensación de culpa tenía algún asidero. Al saber la verdad, de algún modo la sentí más cerca que nunca, y pensé que había empezado por fin a conocerla. Cuando la llamé la mañana de ese domingo, y su marido me dijo, con un tono seco, que había muerto de cáncer unos días antes, sentí que nuestra relación cobraba un nuevo giro y que en cierto modo, apenas había empezado.

Digo esto porque durante los años que han pasado desde que recibí la noticia no he experimentado ninguna otra pasión. Una vehemencia de autodestrucción se apoderó de mí cuando me volvieron a ascender en la universidad y vi mi futuro asegurado, con la bonanza y la tranquilidad que, sin admitirlo, yo siempre había esperado, y que ahora, sin embargo, apenas me alegraba. Había considerado a Marion como un don natural, la había necesitado y necesitaba aún, y yo mismo la había obligado a irse. Viviendo de mi buen sueldo, rodeado de amigos y sin compromisos serios con otra mujer, mi situación me permitía apo-

derarme de esta obsesión, la obsesión de la culpa, hasta no poder diferenciarme de ella.

Estas ideas se agolparon en mí cuando, en el primer aniversario de su muerte, recibí un gran paquete desde California, con una cantidad de pertenencias de Marion. Un sobre de su esposo acompañaba el encargo con unas cuantas líneas en las que me informaba que volvería a casarse el mes entrante. "Estas cosas son —lo sé—, más suyas que mías", decía la última línea de su carta. Me imaginaba por esta frase que el matrimonio no había sido tan feliz como ella me había asegurado.

El hombre decía también que Anne, la pequeña hija de ambos, había ido a estudiar, poco antes de la muerte de su madre, a un colegio de Baltimore. Me lo contaba en pocas líneas, sin ningún comentario adicional, pero el hecho de que me la mencionara en esa ocasión, al devolverme las pertenencias de Marion, me hizo pensar que a su manera, fría y amarga, también me la estaba encargando. Y a mi edad, cuando por miedo, por cansancio o por egoísmo, ya me había convertido en un solterón, el hecho de que existiera esa chica, la hacía —¿por qué no?—, un punto en torno al cual podría proyectar mi futuro. Las palabras de Marion a los veinticinco años, sentada frente a mí en un restaurante italiano volvían ahora. "No puedes seguir así, siempre solo", me había dicho. "Tienes que buscarte alguien, alguien a quien puedas darle ese cariño que tienes escondido detrás de tu especto serio y tus gestos de cínico". Esas palabras que había desechado por su simpleza, volvían a mí ahora, convertidas en los golpes pausados y dulces de alguna voz que me llegaba desde el silencio. "Alguien a quien puedas darle tu cariño", había dicho con una sonrisa maternal. Tal vez ahora ella seguía esbozando esa sonrisa en los labios de la hija perdida que caminaba por los corredores de un colegio. Me la imaginaba rubia y delgada, con el pelo largo y los ojos pequeños y azules; empecé a pensar en ella con tanta frecuencia en los días que siguieron a la carta de su padre, que tomé la decisión de conocerla aun cuando fuera de un modo indirecto, y de hacer de ese contacto una de las alegrías —quizá la más grande— del tiempo que me quedaba por vivir. Pensé entonces que lo más natural se-

ría ir a Baltimore y visitar el colegio donde seguramente estaría terminando el semestre.

—¿Pagarle sus estudios? —dijo la voz del hombre por teléfono.

—Sí. Me ofrezco a eso —afirmé—. Si no tiene usted inconveniente...

—No tengo inconveniente —sonrió la voz jovial y algo vulgar—. Después de todo usted tiene dinero, según parece, y yo no. Y por lo visto a usted le daría gusto.

Cuando colgó sentí un gran alivio. Esa misma semana, en Baltimore, me presenté al director del colegio como "un enviado del padre de la señorita Fischer". El hombre no pareció sorprenderse cuando le expliqué que en adelante los cheques por la matrícula y pensión de su hija no vendrían desde California, sino desde mi domicilio en Chicago.

—Muy bien —contestó—. Ese no es mi asunto. Mantendremos contacto con usted.

—Perdone que le pregunte —me atreví, viendo que se había quedado en silencio—. ¿Cómo está ella?

—¿Quiere decir en su rendimiento? —me preguntó, mirándome de frente.

El director hablaba pausadamente y me miraba con ojos firmes. A pesar de mis años, me sentí de pronto atemorizado en su presencia.

—Sí —contesté—; en su rendimiento.

—No es una mala alumna —respondió, recostándose en el espaldar—, aunque tampoco de las mejores. Lo hace bien en los cursos de matemáticas y biología. Seguramente escogerá una carrera científica.

—¿Y es una chica sociable? —seguí.

—No. No es muy sociable. Tiene una o dos amigas íntimas, pero me parece que tiende a aislarse del grupo —siguió el hombre—. ¿No preferiría usted verla?

La propuesta me llenó de sorpresa y de miedo al mismo

tiempo. Hubiera querido preguntarle por la apariencia física de Anne, pero mi natural reserva me lo impedía. La sola idea de verla me inspiraba un oscuro terror.

—No —le dije—. No. Le daré mi dirección y mi teléfono. Le enviaré el primer cheque la próxima semana.

Al pararme, le di la mano y me retiré con prisa aunque algo vacilante. Salí otra vez y de inmediato tomé un taxi hacia el aeropuerto. Había sentido de pronto, entre esos corredores llenos de muchachos y muchachas que caminaban con sus libros al hombro, un olor familiar. Era el olor de ella, el mío y el de la otra. Un perfume de dulzura que casi había olvidado.

Aun cuando salía en largos viajes de vacaciones, seguí enviando el cheque, siempre por la misma cantidad, al director del colegio en Baltimore. Un año después de haber empezado a hacerlo, sin ninguna explicación, recibí por primera vez sus calificaciones, lo que me dio una extraña alegría.

"Estoy ayudando a una chica en los Estados Unidos", le decía algunas veces, entre risas, a mis amigos de Lima. Sus preguntas irónicas y las risas con que recibían mis palabras me impedían, felizmente, abundar en detalles sobre mi historia secreta.

Mi vida transcurrió en esta rutina de viajes, clases y amigos hasta que llegó el día en el que Anne Fischer debía terminar el college y optar por una carrera en la universidad. Poco antes del fin de las clases, el director me envió un recuento de las actividades de Anne desde que había ingresado algunos años antes. Una foto de ella aparecía finalmente, sonriente y mirando de costado, delante de un fondo blanco.

Lo que me asombraba no era tanto el parecido con Marion, sino un gesto de frialdad que lograba colarse a pesar de la sonrisa, más bien provocada, con la que enfrentaba la cámara.

Unos ojos azules y afilados miraban fijamente con una distancia gatuna, que se aligeraba por la mata del pelo rubio cayendo a ambos lados. La piel muy blanca contribuía a aumentar la firmeza de la cara. Tenía delante de mí a la hija de Marion, a la joven cuyos estudios yo había pagado con la fidelidad de un padre. Junto con el libro de promoción, cuyas páginas seguí hojeando de un modo distraído, había una tarjeta en la que me invitaban a asistir a la graduación, dos semanas después. La fecha era conveniente pues para entonces yo ya habría terminado con mis compromisos en la universidad. Me imaginaba que su padre, de quien hacía algún tiempo no sabía nada, no iba a asistir. Mi presencia en Baltimore, por lo tanto, para ver a esta chica terminando sus estudios con las mejores calificaciones, me parecía uno de los eventos más importantes de mi largo y solitario exilio.

—Tengo que decirle algo antes —me confesó el director, en su despacho.

La ceremonia había transcurrido con todos los rituales de otras tantas graduaciones. Ahora eran más de las seis de la tarde y sólo me faltaba que ella entrara por la puerta, a la oficina donde la esperaba.

—Tal vez cometí una indiscreción —siguió diciendo el director—, pero hace unos días, ella vino a contarme algo. Me dijo que había hablado con su padre en California y que éste le había dicho que no vendría a la ceremonia. Luego ella le respondió que quería estar acompañada por alguien de la familia en esta ocasión. Le dijo que quería estar con "alguien a quien pudiera enseñarle su diploma", según me contó ella. Su padre le respondió que se imaginaba que alguien estaría aquí —me miró el director—. Cuando ella le preguntó a quién se refería, el padre le habló, al parecer por primera vez, de usted. Le dijo que era un caballero sudamericano a quien su madre había conocido de soltera en Chicago y además que se había encargado de pagar sus estudios durante los últimos años. La chica evidentemente no

sabía una palabra de esto. Cuando vino aquí, y me preguntó si era cierto, tuve que contestarle que sí. Le dije que no sabía mucho de usted y que lo había visto una sola vez, pero también le conté que vendría a la ceremonia. Ella dio media vuelta y se fue.

—¿Volvió a preguntarle por mí? —murmuré.

—No —dijo el director—. Esto fue hace pocos días y no he vuelto a saber de ella. Sin embargo debe estar esperándolo. Voy a hacerla llamar.

Unos segundos después, cuando escuché el ruido de la puerta, me levanté y me di vuelta. Marion acababa de entrar al cuarto, con una cortés sonrisa, y me estrechaba la mano. Su piel era tibia y suave y aún recuerdo el impulso con el que me llevé su mano a los labios para besarla.

—Es un gusto conocerlo —me dijo, inclinando la cabeza.

Una hora después, mientras cenábamos separados por una vela y dos copas de vino, mi asombro y mi alegría no habían disminuido. La había visto entrar a la oficina del director con un traje azul atravesado por un cordón blanco que se sostenía por encima de uno de sus muslos, con ese gesto de cortesía, de suavidad y de timidez que eran los de su madre.

—Sí. No tiene que explicarme. Ya lo sé —dijo ella, levantando lentamente la taza de café.

Yo había empezado a hablarle de Marion, animado por la gentileza de su trato. Al salir de la oficina del director y luego de pasear por el college, la había invitado a un restaurante que ella escogió. El lugar era sofisticado y lujoso, y la cena que ordenó tenía algunos de los platos más caros de la lista. No fue sino hasta después cuando descubrí que había una secreta y trivial venganza en hacerme pagar, a cambio del privilegio de comer con ella. Y ahora, después de haberme hablado de sus estudios, de sus viajes y proyectos, estaba frente a mí, café de por medio,

respondiéndome que ya lo sabía todo, preparando una venganza orquestada desde mucho antes, que ahora iba a darse el placer de intentar.

—Sé quién es usted —repitió—. Ha pagado mi educación en estos últimos tiempos y es un profesor peruano. Sé que conoció a mi madre de soltera.

No hace falta añadir que había un atisbo de acusación en sus frases monocordes. Había reconocido la voz de Marion en ese momento y su gesto elegante y fino. Ahora, de pronto, tanto la voz como el gesto habían perdido la dulzura que siempre tuvieron. Ahora estaba allí para decirme la verdad, al cabo de tantos años. Esa verdad no era la de su rostro sereno caminando por los corredores de la Universidad de Chicago, sino la de una ferocidad medida por la lucidez y el cálculo.

—Y casi todo lo que sé —siguió diciendo ella—, lo sé porque mi propia madre me lo dijo. El otro día, cuando hablé con el director, me imaginé que usted era el hombre del que ella me habló una vez.

Al terminar el café me miró fijamente. "También mi padre sabe quién es usted", añadió.

En la pausa que sucedió a estas palabras, su cara adquirió una expresión implacable. Bajó la vista y siguió hablando.

—Poco antes de morir, mi madre nos contó acerca de usted. Según ella, usted era un hombre sin sentimientos, incapaz de ofrecer afecto. Era eso, nada más. Un tipo egoísta, cínico, incapaz de amar, de hacer algo por nadie. Dijo que le tenía lástima por eso.

Fue entonces cuando sentí que la voz asordinada de la jovencita empezaba a producir una especie de indiferencia que, de algún modo, cada vez más, se parecía al alivio. La escuché decir que había conocido otros hombres como yo. Luego ya no escuché lo que siguió diciendo. De algún modo, mirándola a ella, sentí que me miraba también a mí mismo como desde lejos. Comprendí como nunca que la melancolía de mi vida se debía a mi sensación de culpa por no haberme acercado de veras a Marion cuando tuve la ocasión de hacerlo. Tal vez esta culpa me había impedido enamorarme, escribir libros, tener el ánimo de

hacer viajes más extensos. De algún modo, Marion me había hecho más daño a mí del que alguna vez le había hecho yo a ella. Y ahora su hija me miraba con la orgullosa insolencia de los jóvenes, con la cara de los que sienten que han sido heridos y creen que no van a cometer ningún error en su vida. "Esta chica", pensé con sorpresa, " me está liberando de la agonía que he arrastrado durante todos estos años".

Desde aquella noche en Baltimore, hubo algo que cambió para siempre. Algo se instaló en mí cuando ya había alcanzado una edad en la que no se espera grandes transformaciones. La aparición de la chica había logrado cerrar el círculo que yo había abierto. A través de ella, podía recordar ahora la cara de Marion con una nueva distancia que me ayudaba a alejarme del fantasma de la culpa que me había seguido. Esa noche fui directamente al aeropuerto y esperé el primer avión que me llevara a Chicago. Una semana después de haber regresado, recibí una invitación a la Universidad de Puerto Rico, desde donde partí al Perú por un mes. Al regresar a Chicago encontré, entre cuentas, propagandas y algunas cartas, un informe final del college sobre el desempeño de la alumna Anne Fischer. El sobre incluía una carta del director donde decía, entre otras cosas, que no dejaba de extrañarle que ella hubiera partido, sin despedirse de nadie, pocos días después de la graduación. "Tal vez esté con su padre", terminaba diciendo el hombre.

Esta historia, cuyos fragmentos se han esparcido, intercalados con otros episodios de mi vida, a lo largo del tiempo, me ha venido como una unidad a la mente por una razón concreta. La otra tarde, mientras preparaba una clase, encontré, entre unos viejos papeles, una foto de Marion, muy joven, en una banca de la universidad. Cuando la vi, el rostro de su hija, erizado, se superpuso al de ella y me pareció que había vuelto a escuchar la venganza de una niña decidida. Después de hacer a un lado la foto, volví a cogerla y la puse en el fondo de una ruma de papeles, pensando que tal vez, con algo de suerte, no volvería a encontrarla nunca.